Núm. 6 PRECIO 15 CENTIMOS. 30 Oct. 1886.

Toda la correspondencia al Administrador D. G. Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los corresponsales 2'50 la mano.

Lo que creen los franceses de las damas españolas. (El viceversa en el número próximo).

SEPARACION DE SEXOS

Hay en nuestras costumbres españolas una tiránica preocupación, que á todos nos subyuga, y se impone, como una necesidad, que es realmente, dado nuestro sistema de ver las cosas, y realizarlas, al revés de lo que la naturaleza y el sentido común indican y aconsejan.

Hemos establecido entre el sexo masculino y el femenino una alta barrera, que sólo se salva por una puerta, la del matrimonio, quedando uno y otro, hasta que este caso llega, en la actitud de los que el mundo secuestra, y sólo deja en comunicación á través de los gruesos barrotes de un locutorio ó de un rastrillo.

La amistad entre el hombre y la mujer es imposible; sólo les acerca el amor y los redime del cautiverio el matrimonio.

Dos solteros sólo pueden tratarse íntimamente cuando el lazo que les une es una, aunque sea remota ó dudosa, esperanza de casarse. La casada no puede tener amistades íntimas con hombre alguno, sin que el mundo la señale con el estigma de la duda ó la aseveración cruel de la existencia de un delito. La viuda no puede tampoco encontrar en las dulces afecciones desinteresadas de la amistad, los consejos, los consuelos y la dirección que necesita su inexperiencia, su debilidad y su falta de mundo, sin caer en la tela de araña de la maledicencia.

Es decir, que en España no se concibe la amistad pura y sencilla entre el hombre y la mujer.

Sólo fuera de España se encuentran esos efectos intachables, que á nadie escandalizan, y que tanto influyen en el carácter y los hábitos de esos pueblos felices, como todo el que vive libre de bastardas preocupaciones.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania y en la América no española, es cosa corriente que una joven tenga amigos, amigos que la acompañan á paseo, al teatro, á las tiendas, donde van solas, al taller, á la Academia, al Conservatorio, á todas partes.

Juntos se ven por do quiera jóvenes de ambos sexos, que pasean, que pintan, que solfean, que estudian, que bailan, que cenan y se divierten, sin que á nadie se le ocurra poner en tela de juicio su conducta.

La mujer sabe guardar su decoro, y el hombre respetar á la mujer.

¿Esto en qué consiste? ¿Por qué en España levantamos esa muralla entre los dos sexos? ¿Qué consecuencias se obtienen de este sistema receloso?

Consiste, en que desde niños establecemos entre ambos sexos una desconfianza suspicaz, que va en aumento á medida que las edades avanzan. El niño, no se acostumbra al trato diario, íntimo é inocente de la niña; crece sin que su carácter se dulcifique al contacto del carácter dulce de ella; mírala como cosa prohibida, y como cosa prohibida, la desea cuando es mujer; y en vez de estudiarla y acomodarse á sus gustos, y respetar sus pudores, y considerarla como ser débil, de quien debe ser el amparo y el complemento, sólo estudia el modo de engañarla, de perderla y de abandonarla, sin conciencia y sin responsabilidad.

La niña, por su parte, teme tanto como desea la aproximación al otro sexo, á quien considera un enemigo encubierto, que acecha su virtud, y su principal estudio consiste en un sistema mixto de atracciones y repulsas, que es lo que constituye, andando el tiempo, la coquetería.

Pero tiene en su desventaja la inexperiencia, la debilidad, la ignorancia, y cae cuando más fuerte se cree, y sucumbe, no obstante todos los valladares, todos los obstáculos que han amontonado entre ella y el hombre.

La historia del «fruto prohibido», que empieza en el Paraíso terrenal y continúa á través de los tiempos y las edades, es aquí el móvil de todos los actos que realizan los dos sexos.

El gran Galeoto, el público, que convierte las apariencias más inocentes en delitos consumados, el que en realidad consuma esos delitos.

Dícese, sin razón alguna, que nuestro temperamento, consecuencia del clima en que nacemos y nos desarrollamos, se opone á esa unión íntima de los sexos.

Sin embargo, ese temperamento nos sigue al extranjero, y allí no hacemos, ni siquiera intentamos, lo que hacemos é intentamos en España.

De más libertad goza la mujer en esos países, peores ejemplos de licencia tiene á la vista, y sin embargo, la que es honrada, la que se educó en los sanos principios de moral, sabe conservar la integridad de su cuerpo y la pureza de su alma en medio de la depravación de las costumbres.

En el extranjero, especialmente en la América del Norte, existen escuelas andróginas ó mixtas, á las que asisten mezclados los dos sexos, que van lentamente acostumbrándose al trato mutuo: ellos tomando de la mujer la suavidad y dulzura de su carácter, ellas del hombre la fortaleza del varonil espíritu. Consideranse como amigos que deben respetarse y protegerse, y así crecen y llegan á amarse con la plácida tranquilidad de espíritus no alterados por el estímulo de la prohibición y del deseo, tanto más violento cuanto aquella es más rígida y desatentada.

Véase lo que sucede entre hermanos que se crían, crecen y se desarrollan juntos: los casos de incesto son rarísimos, y sin embargo, el contacto no puede ser más íntimo y la libertad más completa.

Y no se nos arguya con eso de que la naturaleza repugna estas uniones bastardas. Si al hombre, compuesto de materia animal y de alma, no le estuviese vedado por la moral esas concupiscencias fraternales, sucedería lo que vemos sucede en la naturaleza de los demás animales. Si al hermano le estuviese permitido

por las leyes humanas unirse á la hermana en matrimonio, cuántas de esas uniones no se realizarían entre hermanos que se adoran, que se comprenden, y que serían más felices unidos, que lo que son con seres advenedizos, extraños á sus costumbres, ignorantes de su carácter, á veces indiferentes á sus dolores!

Creemos muy justa la prohibición, basada en razones de conveniencia para la conservación y mejoramiento de las razas, que tanto los legisladores como los fundadores de sectas religiosas han tenido muy presentes, y que prevalecería, aun en medio de los mayores extravíos del orden social: sólo consignamos este dato como comprobante de que la intimidad entre los sexos no empeora, antes bien, contrarresta la influencia carnal entre el hombre y la mujer.

Sucede con esto lo que con todo lo que artificialmente se separa de la naturaleza, que cae en el extremo contrario, ó sea en el extravío de los sentimientos y de los apetitos.

En los países en que las mujeres entienden el pudor de otro modo que nosotros, exhíbense ante las miradas indiferentes, secretos encantos que, por lo ocultos entre nosotros, son más codiciados. Hasta la moda misma, en sus inconstantes variaciones y convencionales fórmulas, nos enseña que lo que ayer parecía natural y no afectaba al pudor y al decoro de la mujer, es hoy objeto de cuidadosa ocultación y pudoroso recato; lo que por la noche pudo ser mostrado en toda la natural desnudez exigida por la etiqueta, sería por la mañana descoco inaudito que daría margen á las más severas censuras.

Todo esto revela que la prohibición es causa de apetito, y no hay que buscar otro origen á las asechanzas de que es constante objeto la mujer entre nosotros, que en esa prohibición de su trato íntimo que nos imponemos los españoles.

Esto lo hemos visto demostrado de mil maneras. El que viene de provincias, donde la mujer soltera está sometida á más rigurosa vigilancia y goza de menos independencia que en una gran capital como Madrid, al encontrarse por primera vez en una sociedad donde es frecuente ver á las jóvenes salir solas, aunque con ciertas reservas y límites muy estrechos, cree que, como vulgarmente se dice, «todo el monte es orégano», y ve en cada solitaria transeunte un sér abordable y fácil, y si pudiese llevarse una estadística exacta de los desmanes de que son objeto las mujeres en la vía pública, se vería que el 90 por 100 son forasteros los agresores.

Cuando se va á Francia, á Inglaterra ó á Alemania, se cree estar en presencia de naciones corrompidas hasta el punto de considerarlas como un inmenso burdel; esta idea dura mientras dura el recuerdo de nuestras preocupaciones y la ignorancia de aquellas costumbres.

Ni el temperamento, ni el clima influyen nada en la mayor ó menor moralidad; es la costumbre, la educación, lo que la determinan.

Acostumbrad á los niños y á las niñas á que vivan reunidos en sociedad, fomentad las reuniones entre los jóvenes, de modo que se acostumbren á verse y tratarse diariamente; desterrad el hábito de la murmuración que impide la amistad sincera entre el hombre honrado y la mujer casada ó viuda, y habréis destruído grandes gérmenes de inmoralidad y realizado un gran paso en la regeneración de nuestro carácter y de nuestras costumbres.

E. de la Cerda.

CARLOTA LEFEVRE

Por K.

Traducción de Emilio de la Cerda

Obtuve mi premio de Roma en 1860.

La víspera de mi marcha, y en ocasión en que atravesaba el puente de las Artes, encontré á Carlota Lefevre.

Era entonces una joven alta, delgada, morena pálida, que tenía hermosísimos ojos y cierto aire de muchacho disfrazado de mujer.

—Me molesta vuestra partida, me dijo, no por vos, sino por mí. Ese Durue me ha puesto de un humor insufrible, y soy capaz de hacer una tontería si alguien no me detiene.

Parecía, en efecto, muy irritada contra el redactor en jefe de *La Revista Pintoresca*, que la pagaba mal y la agobiaba con observaciones injustas.

Carlota decía que esos buenos sugetos parecían tísicos que no podían sostenerse sobre sus piernas. Algún día, añadió, cuando yo haya hecho progresos en el arte, me cubrirá de oro; pero entre tanto, juzgaba muy en su lugar excitarla al trabajo condenándola á pan seco.

Traté de calmarla diciéndola que Durue no tenía razón en no pagarla y sí en criticar sus dibujos.

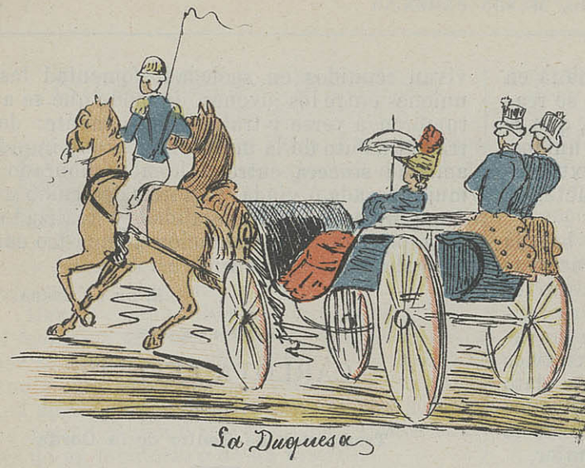
Esta contestación la hizo salir de sus casillas. Irguiose con presteza y me contestó colérica:

—No me decís nada de nuevo: no sé dibujar; pero ¿de quién es la culpa? De la escuela de dibujo de donde procedo. He pasado tres años copiando cabezas de gendarme y ramilletes de jacintos. A vos, os envía el Gobierno á Roma, y os paga verdaderos modelos. Si no adelantáis, podéis haceros pintor de muestras; yo tengo el recurso de ahogarme ó de hacerme lavandera. En rigor, podría hacerme modelo; tengo una cabeza en carácter, como dicen los pintores ¿Y después de todo, por qué nó? Tal vez me enseñarían el dibujo con dinero encima, y no peligraría quedarme ciega.

A medida que íbamos hablando, habíamos acortado el paso. Hacia la mitad del puente, Carlota se detuvo y me indicó algo con la mano. Los campanarios y las torres aparecían medio difuminados en una oscuridad rojiza; la naciente sombra estaba sembrada de chispas de oro, y el Sena, que había crecido á consecuencia de las últimas lluvias, parecía deslizarse en olas de tinta. En el horizonte algunos grupos de pesadas nubes huían delante de la pálida luna. Estaban encendiendo el gas, y las lenguas de fuego formadas por el reflejo de los reverberos corrían como fuegos fátuos entre las trémulas claridades que ondeaban acá y allá la superficie del río.

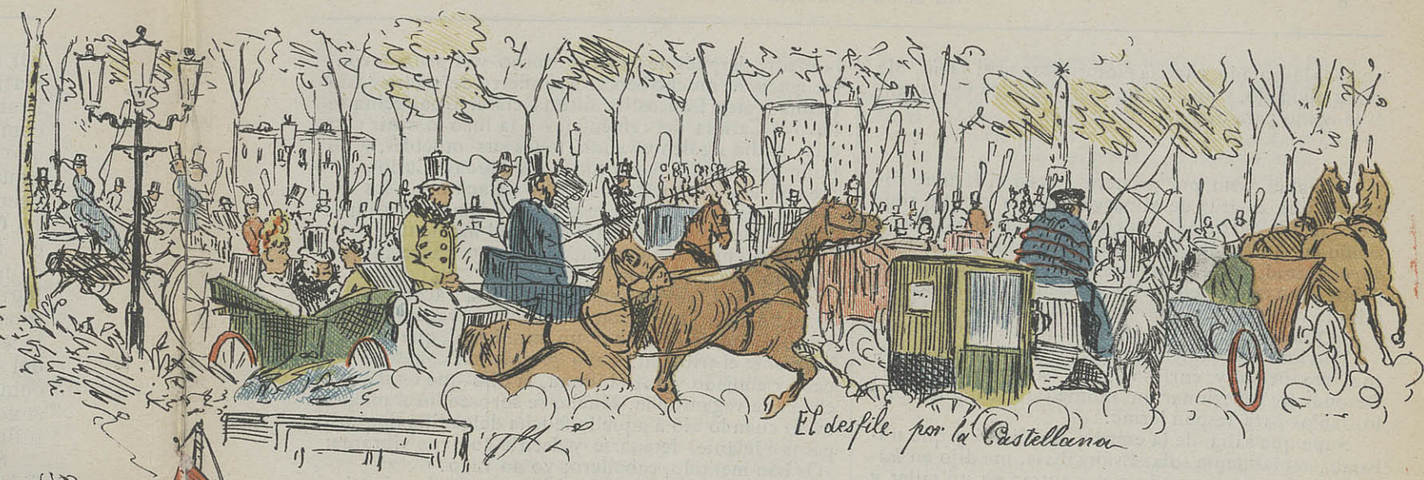
Carlota, silenciosa y con la mirada fija, devoraba el espacio con sus grandes ojos chispeantes y soñadores. Con los labios entreabiertos y el brazo derecho

CARRERAS DE OTOÑO

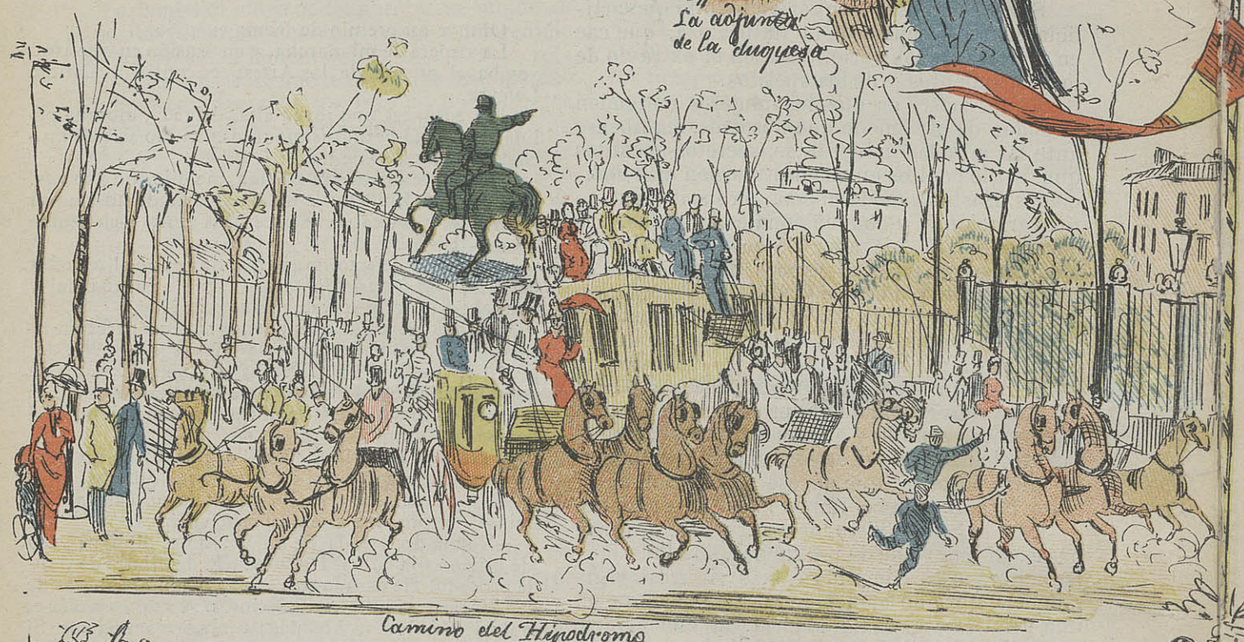


La Duquesa

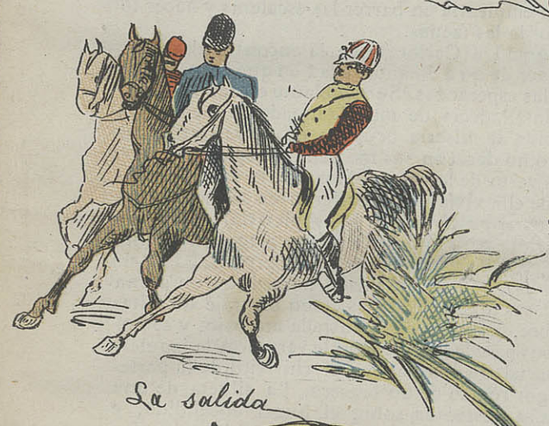
La adjunta de la duquesa



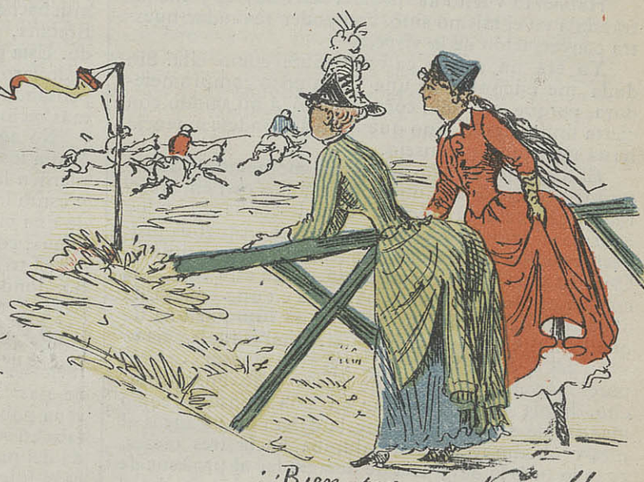
El desfile por la Castellana



Camino del Hipodromo

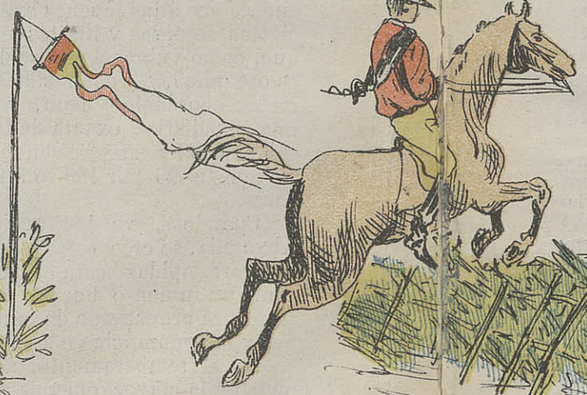


La salida

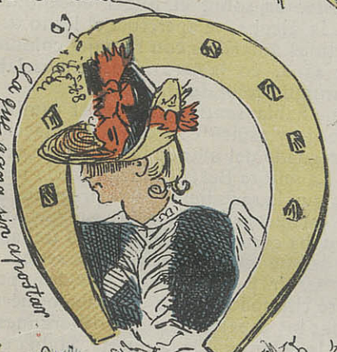


¡¡Bien por mi Nana!!

Los desmontes del Hipodromo - Paseo popular

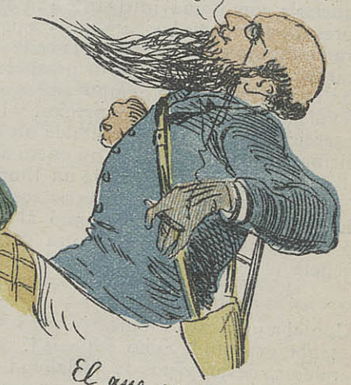


Carrera de obstáculos



Se van bien sin apostar

El que pierde



El que gana

un poco levantado, parecía pintorrajear en el vacío. Me había olvidado, y apenas me respondió cuando la tendí la mano para despedirme de ella.

***

La había visto por primera vez en el Louvre copiando una estatua de Minerva, vestida con un traje viejo, negro y arrugado, y demasiado ligero para la estación en que estábamos. Su copia adolecía de falta de exactitud, pero denotaba una mano segura. Los paños eran muy bellos, llenos de nobleza y de amplitud.

—¿Quién es vuestro maestro? la pregunté.

Volviose bruscamente midiéndome con la mirada, con aire uraño y curioso hasta hacerse insultante. Después de reflexionar un momento, se dignó abrir los labios para responderme.

Supe que salía de la escuela de dibujo y que trabajaba actualmente sola. Esforzábase, me dijo en *hacerse la mano*, esperando poder entrar en un taller y dibujar del natural.

Habiendo vuelto al otro día al Louvre, y encontrándola en el mismo sitio, creí poder reanudar nuestra conversación de la víspera.

Yo era un artista casi tan pobre como ella. Sin duda me encontró de una facha poco comprometedora, porque, no sólo correspondió á mi saludo con cierta finura grave, sino que llevó su condescendencia hasta pedirme un consejo.

El hielo quedó roto desde este momento, y de extraños el uno para el otro, nos hicimos casi en camaradas. Ella cesó de mirarme con desconfianza, y me confió sus proyectos para el porvenir. Aquellos proyectos hacían traición á su ingenuidad y á su ánimo. Quería, y no había soñado nunca con otra cosa que con ser pintora. Entonces habitaba en una bohardilla de la calle de Guénégand y vestía de luto por una tía que había muerto en el hospital, y habiéndola dejado sin medios de subsistencia, necesitó pensar en proporcionárselos. A fuerza de pasos y de buscar mucho, había logrado entrar en una pensión como maestra de dibujo, en la que la daban diez francos al mes y el almuerzo. Esto duraba hacía tres meses, cuando tuvo la desgracia de desagradar al profesor de aritmética, que se esforzaba en querer inspirarla el gusto por el cálculo llevándola naranjas. Hubo de rehusar Carlota las naranjas, y mostrándose recalcitrante al cálculo, el digno señor encontró medios de denunciarla como una intrigante á la directora, que se apresuro á comerse las naranjas y á poner á la profesora de dibujo en la puerta de la calle. Fué preciso buscar otra casa, é ideó repartir prospectos, que estuvieron expuestos mucho tiempo en los aparadores de las tiendas. Lo módico de los precios, y lo ingénuo de la redacción, le valieron la visita de un estudiante en Medicina, que la ofreció darle un curso de anatomía á cambio de sus lecciones, y la de un limpia botas bastante cándido para venir á ofrecerla sus servicios.

Ella, como es natural, despidió al limpia botas y rogó al estudiante que fuese á otra parte á propagar su ciencia.

***

Contaba todo esto sin alegría, pero sin amargura, con tanta exactitud como sequedad. Algunas veces sus relatos, desprovistos de jovialidad y de gracejo, tenían el vigor y la precisión de un agua fuerte. Por ejemplo, cuando hablaba de sus recuerdos de la infancia, creía ver extenderse ante mí una serie de pinturas maestras. Su padre y su madre eran fruteros en el mercado y murieron con tres meses de diferencia, la madre después de padecer mucho y el padre á consecuencia de mucho beber. El entierro del padre costó treinta y siete francos: la última clase. Una vecina se llevó á Carlota del cementerio y la hizo dormir con ella; al día siguiente vendió todos sus muebles, y no hubo ni aun para pagar todas las deudas Carlota estaba en la puerta mirando cómo desaparecían las balanzas, los canastos y el resto de los demás utensilios. Uno de sus acreedores pasó en aquel momento.

—Mira, pícara sabandija, la dijo, tu padre me ha perdido, era un ladrón.

La vecina, no teniendo sitio donde acomodarla, despidió á Carlota; y como anduviese vagando á la ventura, fué detenida por un municipal, que la condujo ante el tribunal, cuyo presidente, con tono aspero y enojado y voz chillona, la dijo que estaba tachada de vagamunda. Mucho se sorprendió el magistrado cuando vió á aquella feucha delgadilla dar tres pasos adelante, detenerse y decirle con voz vibrante: «Os han mentido, caballero; yo no vago.»

El asunto se aplazó para dentro de ocho días; los periódicos dieron cuenta de ello, y resultó, que la muchacha tenía una prima ó su tía, según dicen en Bretaña, portera de una especie de hotel amueblado. Esta prima vino con los comprobantes necesarios, y declaró que se encargaba de la chica, y se la llevó, pensando emplearla en barrer las escaleras y hacer lo más recio da las faenas.

No agradó á Carlota, que la encontró altanera. Podía tener de 40 á 50 años, edad en que las personas pierden las esperanzas. Su semblante era amarillento y estirado. Padecía de mal de hígado, consecuencia de una vida de miseria ocupada en «arrastrar su cadena», como decía en sus momentos trágicos.

El trayecto de la prisión Mazas á la calle Mazarino, donde ella vivía, lo recorrieron en silencio. Acababa de tener *palabras* con la propietaria, y sólo habló á Carlota para impedirla que se detuviera delante de las tiendas iluminadas y adornadas para el día primero de año. Al cabo de media hora, llegaron á una de esas casas finas y decentes como un traje de solterona pobre. El techo de la entrada era bajo, y se notaba en sus paredes comienzos de verdín A la izquierda del portal distinguíase en el chirivitil de la portera el fulgor rogizo de un brasero. La silueta de una marmita se destacaba sobre el hogar encendido, y más lejos, en la alcoba, se apercibía el lecho oculto tras viejas cortinas amarillas con ramajes colorados. El hervor del agua, en la oscuridad, se mezclaba al tic tac de un antiguo reloj de alabastro.

Carlota, que había sentido frío en el camino, se aproximó al fuego y aspiró con cierta satisfacción el aire tibio impregnado del olor de la carne que exhalaba el guisado. La señora Bertault juzgó que la muchacha necesitaba que la sacudieran, y la preguntó si era su costumbre estarse así brazo sobre brazo. Añadió que el pan costaba caro y que era preciso trabajar.

En virtud de este gran principio, la señora Bertault se hizo servir por su sobrina. Desde el primer día cargó sobre ella todo el peso del trabajo fuerte. la hizo embetunar los zapatos, sacudir los jergones, barrer el patio y la delantera de la puerta. Había estado tratada como un caballo de carga y, por consiguiente, se complacía en tratar lo mismo á los demás á su vez. Carlota encontraba esto justo, y como á pesar de sus esfuerzos, no lograba tener contenta á la señora Bertault, procuraba por lo menos evitar los bofetones. Verdaderamente no se encontraba peor con su nueva ocupación que con la que antes tenía; érale poco más ó menos igual lidiar con los parroquianos que manejar una escoba; es más, trabajo por trabajo, pre-

fería el último, desde luego, porque barriendo se puede mirar á uno y otro lado, y además porque, sin darse cuenta de ello, le repugnaba hacer pagar á las gentes dos cuartos por lo que sólo valía uno.

Gustábale subir los diarios y las cartas; sabía leer un poco y deteníase en cada escalón para deletrear el final de las frases que dejaba á descubierto la faja del periódico.

Esto duraba ya hacía tres meses. A fuerza de subir noventa escalones seis veces al día, supo leer de corrido lo impreso.

Los trabajos groseros no repugnan sino cuando se cree que manchan, y como Carlota no tenía los escrúpulos de una damisela, encontró en los suyos motivos de distracción, y aun de cierto interés. Miraba con placer, cuando espumaba la olla, los torbellinos de vapor blanco que se escapaban en grandes masas cuando levantaba la tapadera de la marmita, y, como cuando subía del sótano, se volvía á mirar su sombra que, pegada á la pared, se alargaba y vacilaba por un esfuerzo desesperado bajo la húmeda bóveda.

Un espíritu activo, encerrado en un pequeño mundo, es como un preso que conoce todas las manchas de sus cuatro paredes. Carlota vió el moho y también los insectos del sótano y las viejas vigas del granero; admirose de la conformidad de estos insectos con su existencia en aquellos lugares. Los había grises como el polvo, otros húmedos y oscuros como un pedazo de piedra destacada de la pared. Preguntose cómo vienen y qué vienen á hacer á este mundo. Esta idea la tuvo un día en que se divertía en seguir los esfuerzos de un escarabajo amarillento que resbalaba entre dos piedras. Parecíale ver un pedazo de tierra, desprendiéndose de otro pedazo de tierra. ¿Por qué tiene eso ojos y patas? se preguntaba. Al cabo de cinco minutos se dijo á sí misma que, no se divertía mucho más que él. Otras muchas cosas surgieron en tropel á su espíritu; pero sin poder desentrañarlas, permaneció como atontada en esta gran confusión de pensamientos. Parecíale, solamente, que aquel insecto había sido llevado allí próximamente como ella, y que tanto valía buscar lo primero como lo segundo. Después todo se borró de su imaginación y volvió á su trabajo.

(Continuará).

LAS FLORES

(Continuación)

LA ROSA

Es la flor más encantadora, la más atractiva también. Su tallo verde, su hoja húmeda y fresca, sus pétalos apretados y cerrados todavía: huele bien, pero con perfume franco y alegre, nada sutil como el de las lilas, aunque se aunan con ellas admirablemente; es la flor de las jóvenes; parece, por su vitalidad, por su color, por la naturaleza de su perfume embriagador, nacida para las fiestas. En la soledad, qué compañía tan agradable, con qué mirada tan tranquila se la contempla, qué pensamientos tan alegres inspira un ramo de rosas con sus tallos sumergidos en un jarrón un poco estrecho y alto, sobre el que se levantan libres y separadas unas de otras, dispuestas para ser aspiradas y para colocadas cerca del corazón. ¡Cuántas historias de amor existen cuyo principio ha sido una rosa pedida y ofrecida!

LA VIOLETA

Querida violeta, la amiga de todos los tiempos, de todas las edades; tan bella con su ropaje oscuro, tan fina, con su cabeza delicada, modestamente inclinada, ¡quién no la ama! ¡quién no desea tenerla siempre presente! Por mi parte, nada iguala á la violeta oscura, mil veces más perfumada que la pálida violeta de Parma. La primera tiene todo el perfume de los bosques, con sus hojillas ásperas al tacto, ¡pero tan verdes y tiernas! La violeta fresca, mojada aún por el rocío, centellante, metida en agua y rodeada de verdes hojas... ¡ah, qué compañía tan deliciosa para una mujer!

EL RAMO DE VIOLETAS.—Ninguno hace pensar tanto como él. ¡Flor del amor conyugal, flor doméstica, flor de los difuntos queridos; violeta, igualmente símbolo del dolor que de la alegría, primera flor que nos hacen amar nuestras madres, perfume que va recto al corazón, que se desea aspirar siempre, que no cansa nunca, que se desea llevar sobre sí!

CARRERAS DE CABALLOS

Con una tarde fría y desapacible y el *Turf* aún mojado por los últimos aguaceros, se celebró el día 23 la primera carrera de otoño. La concurrencia fué bastante escasa, especialmente en la tribuna central, y el desfile deslucido, faltando en él los elegantes trenes de muchas casas aristocráticas, que dejaron en la abrigada cuadra los preciosos *ponneys* que en tandem lucieron en las corridas de primavera. Abundaron los coches cerrados, de modo que no pudieron lucir sus dueñas por la Castellana su belleza y sus lujosos trajes otoñales.

La carrera tuvo lugar en la siguiente forma:

1.ª Carrera.—*De venta.*—Premio de la Sociedad, 1.000 pesetas.—Lucharon siete caballos, triunfando *Mucho-mucho*, del marqués de Castel-Moncayo, por un cuerpo, á *Tormenta*, de Garvey. Recorrió una distancia de 1.500 metros próximamente en un minuto y cincuenta y nueve segundos.

2.ª Carrera.—*Cosmos.*—Premios de las Compañías de los ferrocarriles.—Pesetas, 2.500 de la del Mediodía y 1.500 de la del Norte.

De cuatro caballos anunciados, se retiraron dos, ganando *Mefistófeles*, del duque de Fernan-Núñez. La distancia de la carrera fué 3 000 metros próximamente. La duración fué de cuatro minutos y un segundo.

3.ª Carrera.—*Peninsular.*—Premio del ministerio de Fomento.—Pesetas 2 000. Distancia 2.500 metros próximamente.

Lucharon nueve caballos, uno más de los anunciados en el programa. Triunfó *Mississipí*, del conde de Sobral, en competencia con *Misteader*, del mismo dueño.

Duración tres minutos dieciseis segundos.

4.ª Carrera.—*Premio de ganaderos.*—Premios de la sociedad.—Pesetas 3.000.

Salieron á la pista tres caballos. Triunfó el favorito, que era *Boito*, del duque de Fernán-Núñez. La distancia fué de 2.600 metros próximamente, que la recorrió en tres minutos y once segundos.

5.ª Carrera.—*Handicap.*—Premio del ministerio de Fomento.—Pesetas 1.500.

Se retiró *Mississipí*, luchando entonces tres caballos. Ganó *Missouri*, de T. Heredia. La distancia de 1.500 metros la recorrió en dos minutos y cincuenta y nueve segundos.

ASUNTOS VARIOS

La empresa del teatro Principal de Barcelona ha circulado un aviso á todos los periódicos anunciando haber recibido un telegrama en que se le manifiesta se halla gravemente enferma Cristina Nilson.

El *Figaro*, de París, dice que la célebre diva se halla abrumada por una gravísima afección á los bronquios, y que su médico, el doctor Cherón, la ha prohibido terminantemente salir para la expedición artística á España y Portugal, que pensaba emprender bajo la dirección de Mr. Maurice Strakosch.

Se halla en Milán la viuda del general Tom Pouce, actualmente condesa Magri.

La acompañan su nuevo esposo, el enano Primo Magri, y un hermano de éste, de la misma condición física, llamado Ernesto.

Los dos liliputienses nacieron en Bolonia, de padres de estatura regular, que tuvieron trece hijos: tres enanos y diez de elevada estatura.

Primo tiene 39 años y Ernesto 37. En 1865 empezaron á viajar, después de haberse presentado por primera vez en un teatro de su ciudad natal. Visitaron después las cuatro partes del mundo, habiendo sido contratados en 1882 por Carlos Stratton, conocido con el nombre de general Tom Pouce, que falleció el 15 de Julio de 1883 en su residencia de Middlebors, Estado de Massachusset.

Después de la muerte del general enviaron un telegrama á la viuda, quien al cabo de poco tiempo se presentó en los Estados-Unidos.

El conde Primo Magri se enamoró de ella perdidamente, y los dos enanos contrajeron matrimonio en la iglesia de la Trinidad, de Nueva-York, el día 6 de Abril de 1884.

La condesa Magri nació el 31 de Octubre de 1842. Es una mujer perfecta, aunque en miniatura; muy bien desarrollada, graciosa, elegante y de ojos sumamente expresivos.

En 1863 se casó en Nueva-York con el general Pouce, con quien vivió en santa paz y armonía por espacio de veinte años.

El conde, la condesa y Ernesto se exhiben actualmente en el teatro Dal Verme, donde el público milanés aplaude todas las noches con gran entusiasmo los grandiosos ejercicios que ejecutan.

La policía prusiana ofrece 10.000 marcos al que dé noticias de la condesa Laura von Arnim, que desapareció de su casa el día 14 de Setiembre último; y como se sospecha la existencia de un crimen, ha consignado en el ofrecimiento un pormenor curioso: que los 10.000 marcos serán entregados igualmente al que haya tomado parte en la desaparición de la condesa si declara dónde se halla.

Refiere la *Gazzeta d'Italia* que un príncipe heredero que estuvo en España se enamoró de una cantante de ópera, á quien propuso que le diera lecciones de música.

Dos hermanos de la cantante, indignados con esa proposición, desafiaron al príncipe. Este dijo que no podía batirse porque su calidad de heredero de una corona se lo impedía.

Entonces los hermanos de la cantante replicaron que les era igual batirse con uno de los ayudantes del príncipe. Se hizo el nombramiento de padrinos, y por fin se convino en que el duelo era imposible.

No debió de ser floja la sorpresa del ayudante cuando le comunicaron la orden del príncipe.

De la última estadística resulta que el número de mujeres en Europa excede al de hombres en la enorme cifra de 4.579.000.

¡Cómo abunda la mala yerba! oímos ya decir á uno de esos que creen que la mujer es peor que el hombre, y que, no obstante, desearía pastar en ese abundante campo que nos ofrece la estadística como abandonado y sin empleo.

Un alemán, llamado Alberto Hahn, domiciliado en Nueva-York, ha sido detenido á instancias de una joven, también alemana, Cecilia Koehl, la cual asegura que es esposa legítima del mecionado individuo, con quien ha tenido varios hijos

Dice que, después de siete años de vida común, la ha abandonado para correr libremente en busca de toda clase de aventuras.

Al fin ha dado con el infiel, y trata de hacerle pagar muy cara su deslealtad.

El marido á su vez afirma que no conoce á la tal mujer, y se ríe de las pretensiones entabladas por la demandante.

Cecilia, sin embargo, ha ofrecido al tribunal una prueba en justificación de sus palabras, diciendo que Alberto tiene en la rodilla izquierda una señal especialísima.

Reconocido el acusado se le encontró, en efecto, la señal, perfectamente conforme con la descripción hecha momentos antes.

La mujer añade que su marido es un distinguido peluquero, que ha realizado una fortuna en Alemania con su lucrativo oficio.

Alberto Hahn niega semejante afirmación é insiste en que es víctima de un embrollo cuyas causas sólo puede atribuir á un acto de locura de su acusadora.

El tribunal, por su parte, no sabe qué hacer y exige nuevas pruebas para fallar con el debido acierto la causa que tiene entre sus manos.

ACCIDENTES FEMENINOS

En Junio último denunció un anónimo al gobernador de Cádiz que Juan Rodríguez Fernández y Casimira Singa estaban complicados en una conspiración carlista, y registrada la casa de ésta, se encontraron ocultas en las vigas ciertas cartas sospechosas, por lo que aquellos dos fueron presos. La causa fué al poco tiempo sobreseída, y se dijo que el autor de estas cartas fué el marido de Casimira, que las puso allí furtivamente para hacerla daño.

Los dos esposos vivían separados desde Enero. Ella estaba recogida por el citado ya Juan Rodríguez (a) el *Sevillano*, dueño de un puesto de fruta de la calle del Hospital de Mujeres, figurando como sirvienta. Hay quien dice que Félix Soria, su esposo, tenía sospechas de que estuviera en relaciones con el *Sevillano*.

Sea como quiera, el día 20 por la tarde entró en la tienda el marido, increpando duramente á su mujer y preguntándola por sus hijos. Acto contínuo la emprendió á puñaladas con la infeliz, y al mediar el *Sevillano* recibió en la cara una herida en forma triangular. A las voces acudió un agente de orden público. Al verle comenzó el agresor á darse cuchilladas en el cuello, hasta que el agente le desarmó de un sablazo.

Casimira sobrevivió pocos minutos, no pudiendo declarar. Tenía 41 años de edad, y era morena y agraciada. Nueve hijos deja la desdichada. El parricida confesó su delito con gran desembarazo, y al ser conducido al hospital, en vista de las heridas que se infirió, costó trabajo á la fuerza pública salvarlo de la muchedumbre, que le apedreaba furiosa.

El tal Félix Soria, según versiones, pedía á su mujer de cuando en cuando algunas cantidades, y aun aquella mañana parece que fué á pedirle 70 rs. Había figurado como director de un periódico satírico, *El Vendabal*, que sólo apareció dos ó tres veces.

BIBLIOGRAFIA

Acaba de ponerse á la venta en las principales librerías la cuarta edición de *Las Tiendas*, preciosa colección de artículos, su autor D. Carlos Frontaura, que tanta popularidad dieron al periódico *El Cascabel*, en que vieron por ver primera la luz pública.

Forma un grueso volumen elegantemente impreso en magnífico papel, y con una chispeante cubierta dibujada por La Cerda.

Véndese al precio de *3 pesetas* en toda España.

TIPOS DE MI TIERRA

Esta obrita consta de varios artículos de costumbres andaluzas, escritos por D. Emilio de la Cerda.

Precio 1'50 pesetas. Dirigirse al autor, calle de Recoletos, núm. 5, piso 4.º

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18. Madrid.